

**Mujeres peruanas en los primeros años de la República, según  
Flora Tristán en su libro *Peregrinaciones de una paria*  
Peruvian Women in the Early Years of the Republic, According to  
Flora Tristan in Her Book *Peregrinations of a Pariah***

---

---

MARIA JOSE ARGUEDAS PINASCO

Es licenciada en Comunicación para el Desarrollo por la Pontificia Universidad Católica del Perú y maestranda en Género y Políticas de Igualdad por la Universidad de Valencia. Feminista bisexual con herencia amazónica, migrante. Cuenta con experiencia en gestión de proyectos e investigación en género, interculturalidad y ambiente. Es cofundadora de Conectar para Actuar, iniciativa que une voluntades ciudadanas para contribuir a procesos de transformación social. Fue ponente sobre competencias de comunicación intercultural en el XV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC). Actualmente, investiga sobre género, diversidad, decolonialidad y conocimiento ancestral.



---

## **Mujeres peruanas en los primeros años de la República, según Flora Tristán en su libro *Peregrinaciones de una paria***

### **Peruvian Women in the Early Years of the Republic, According to Flora Tristan in Her Book *Peregrinations of a Pariah***

---

Maria Jose Arguedas Pinasco

Pontificia Universidad Católica del Perú, Perú

mjarguedas@pucp.pe (<https://orcid.org/0000-0002-0367-0726>)

Recibido: 15-03-2022 / Aceptado: 29-07-2022

<https://doi.org/10.18800/conexion.202201.003>

---

#### RESUMEN

El presente artículo está basado en las mujeres peruanas que Flora Tristán conoció durante su viaje al Perú entre 1832 y 1833. Ellas han permanecido en el tiempo en su libro *Peregrinaciones de una paria*. A través de Joaquina, Manuela, Carmen, Francisca, las *rabonas*, las *limeñas* y las otras, se esboza un amplio panorama de diversos entornos de desigualdad y opresión. En este escenario, la sociedad se organiza por y para un sujeto que es el hombre blanco criollo de clase alta, imaginario social cuyos fragmentos persisten hasta la actualidad.

#### ABSTRACT

This article is based on the Peruvian women that Flora Tristan met during her trip to Peru between 1832 and 1833. They have remained over time in her book *Peregrinations of a Pariah*. Through Joaquina, Manuela, Carmen, Francisca, the *rabonas*, the *limeñas* and the others, a

broad panorama of diverse environments of inequality and oppression is outlined. In this scenario, society is organized by and for a subject who is the upper-class white man, a social imaginary whose fragments persist to the present day.

#### PALABRAS CLAVE / KEYWORDS

Género, mujeres, Flora Tristán, república, decolonialidad / gender, women, Flora Tristan, republic, decoloniality

Durante su viaje al Perú —entre 1832 y 1833—, Flora Tristán conoció a Joaquina, Manuela, Carmen, Francisca, las *rabonas*, las *limeñas* y las otras. Estas mujeres fueron retratadas en su libro *Peregrinaciones de una paria*; a través de ellas, Flora esboza un amplio panorama de representaciones de los roles que cumplían las mujeres en una república naciente. En adelante, se reflexionará sobre cómo estos mecanismos de dominación —de los

cuales ciertos fragmentos persisten hasta la actualidad— de género, clase y etnicidad influyeron en la vida de estas mujeres y en la institucionalización de un imaginario social.

### **Perú, primeros años de República**

La etapa republicana del Perú comienza entre 1821 y 1824, e inicia un periodo sumamente conflictivo desde un punto de vista social, político, militar y geográfico. Esta «fundación de la República» significó la definición de un sistema de gobierno autónomo y la consolidación del espacio territorial. Los hitos que pueden marcar el inicio de este periodo son la declaración de independencia, proclamada por José de San Martín el 28 de julio de 1821 en la plaza de Armas de la ciudad de Lima, y la institución del primer Congreso Constituyente del Perú en 1822, el primer órgano político cuyos miembros fueron elegidos democráticamente y cuya labor principal fue crear la primera Constitución Política de la República Peruana de 1823, que fue suspendida un día antes de su proclamación.

Las palabras de José de San Martín en la proclamación de la independencia el 28 de julio de 1821 —citadas en *Gaceta del Gobierno de Lima Independiente* el 1 de agosto de ese año— fueron las siguientes: «El Perú es desde este momento libre e independiente por la voluntad general de los pueblos, y por la Justicia de su causa que Dios defiende. [...] Viva la Patria: Viva la libertad: Viva la independencia» (*Gace-*

*ta del Gobierno de Lima Independiente. Tomos I a III. Julio 1821 - diciembre 1822, 1821/1950, pp. 23-24).*

En 1824, ocurrió el último gran enfrentamiento dentro de las campañas terrestres libertadoras: la batalla de Ayacucho. La victoria dio paso a la redacción de la Capitulación de Ayacucho, en la que se estableció la rendición del ejército español y se selló la independencia del Perú. Durante esos años, pasaron por la presidencia José de la Riva-Agüero, José Bernardo de Tagle, José de La Mar y Agustín Gamarra hasta la primera guerra civil peruana de 1834, en la que, tras la elección de Luis José de Orbegoso, el general Pedro Pablo Bermúdez dio un golpe de Estado en alianza con Agustín Gamarra. En este conflicto, la población de Lima, respaldando a De Orbegoso, se enfrentó al ejército que lideraba Francisca Zubiaga y Bernales. Meses después, luego de enfrentamientos y campañas entre ambos bandos, la guerra civil terminó con el reconocimiento de De Orbegoso como presidente del Perú.

Aunque la historia oficial ha considerado estos acontecimientos fundadores de la nación peruana como fruto de esfuerzos de múltiples grupos sociales y étnicos del país, esto ha sido sometido a un severo escrutinio. La realidad es que la «libertad» fue concedida solo a ciertos grupos sociales de peruanos. El proyecto nación, en vez de ser unificador, era dirigido por múltiples ambiciones personales (Aguirre, 2002). Las élites organizaron el Esta-

do de tal manera que la aristocracia criolla pudiera tener los mismos mecanismos de dominación coloniales anteriores a la independencia, para crear una *república sin ciudadanía* (Oliart, 2004).

### **Flora Tristán y sus peregrinaciones**

Flora Tristán fue una escritora, pensadora socialista y feminista francesa de ascendencia paterna peruana. Nació en París en 1803; su padre, Mariano Tristán y Moscoso, fue un coronel peruano de Arequipa, en ese entonces el virreinato del Perú, y su madre, Teresa Laisney, mujer francesa educada en ideas republicanas. El matrimonio de ambos fue una ceremonia religiosa nula para la época, por lo que, al nacer Flora Tristán, tuvo la condición de «hija natural» y no de hija legítima (Scherbosky, 2017):

Se ha visto en mi prefacio que el matrimonio de mi madre no había sido regularizado en Francia y que, como resultado de aquel defecto de forma, se me consideraba como hija natural. Hasta la edad de quince años había yo ignorado esta absurda distinción social y sus monstruosas consecuencias (Tristán, 1838/2003, p. 198).

Durante su infancia, la muerte de su padre cambió completamente la realidad económica de la familia: pasaron de la opulencia a tener escasos recursos económicos para subsistir. A los 16 años, Flora empezó a trabajar como obrera; luego,

se casó con André Chazal, el dueño de la fábrica donde trabajaba. Los años en los que convivieron fueron de constante violencia, lo que motivó a Flora, de 22 años, a huir con su hija Aline, recién nacida. Por la prohibición del divorcio, vivió como fugitiva, intentando ocultar su identidad y proteger a su hija (Scherbosky, 2017).

Flora se consideraba a sí misma como una *paria* —«persona excluida de las ventajas de que gozan las demás, e incluso de su trato, por ser considerada inferior» (Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española, s. f., definición 1)—, por el estigma y las dificultades que tuvo que enfrentar por ser hija natural y mujer separada en una sociedad donde la estabilidad y el estatus para las mujeres era otorgado por su relación con una figura masculina. Flora no tenía familia ni nación. Además, como muchas mujeres en su condición, había tenido que escapar de un matrimonio violento, no tenía posibilidad de palabra en espacios sociales y políticos, y sus oportunidades laborales eran limitadas y precarias.

En 1832, Flora inició su travesía hacia el Perú, en busca de legitimidad y reconocimiento por parte de la familia Tristán. Teniendo como argumento su condición de «hija natural», su tío Pío Tristán y Moscoso le concedió una pensión mensual, pero le negó la totalidad de la herencia paterna. Durante su peregrinación, Flora transitó por Islay, Arequipa y Lima hasta 1834, año en que regresó a Europa. Este periplo

la impulsó a escribir su primer libro, *Pe-regrinaciones de una paria*, publicado en 1838, en el cual recogió sus vivencias del viaje desde una percepción personal, crítica e íntima del Perú, de sus costumbres y de sus habitantes.

Durante su estadía en el Perú, Flora fue recibida por las personas que conformaban la cúpula social, así como tratada por el entorno con deferencia y privilegio. Esto ocurría por dos razones primordiales. Una era que pertenecía a la familia Tristán, parte de la élite criolla que, durante el Virreinato y el periodo fundacional de la República, contaba con poder económico y político, lo que les daba un vasto reconocimiento en Arequipa y en todo el país.

Esto le comentaba en el viaje su primo Manuel de Rivero a Flora Tristán:

[Manuel a Flora] Querida prima, nuestros parientes son los reyes del país. Ninguna familia de Francia, ni aun las de Rohan y de Montmorency tienen tanta influencia por su nombre o su fortuna y, sin embargo, nos hallamos en una república. ¡Ah! Sus títulos y sus inmensas riquezas pueden procurarles el poder mas no el afecto (Tristán, 1838/2003, p. 234).

La segunda razón residía en que Flora era francesa. La sociedad peruana sentía curiosidad por todo lo extranjero, sobre todo lo francés. Al llegar, se le otorgó un espa-

cio social alto por ser «blanca» y europea. En este contexto, las personas que podían comprobar ser descendientes directos de españoles o europeos tenían reconocimiento en las dinámicas sociales de poder. En torno a su ascendencia, esto menciona la autora: «Nuestra familia es, sin embargo, de pura sangre española y tiene esto de notable: los numerosos miembros que la componen se parecen todos entre sí» (Tristán, 1838/2003, p. 305).

La sociedad peruana que Flora conoció era altamente jerárquica, estratificada y clasista; conservaba las costumbres coloniales y el sistema de castas establecido por los españoles (Iribarne, 2010). Se mantenían estereotipos raciales y de género que servían a las élites para perpetuar una dinámica de dominación y jerarquía basada en matices de blancura, sexo y posición socioeconómica (Oliart, 2004). Así lo señala la escritora:

En el Perú, como en toda la América, el origen europeo es el gran título de nobleza. En el lenguaje aristocrático del país se llama blancos a aquellos cuyos ascendientes no son indios ni negros. He visto a varias señoras que pasan por blancas, aunque su piel sea de color canela, porque su padre fue nativo de Andalucía o del reino de Valencia. La población libre forma, pues, tres clases, provenientes de tres razas muy distintas: europea, india y negra. En la última clase, bajo la denominación de gentes de color,

se confunden los negros y los mestizos de las tres razas. En cuanto a los esclavos, a cualquier raza a que pertenecan, la privación de la libertad establece entre ellos la igualdad en la desgracia (Tristán, 1838/2003, p. 286).

Flora presenta un panorama en el que género, etnicidad y clase social se entrecruzan y generan un sistema de opresión. En su obra, se encuentra una red de referencias basadas en la movilidad, en el ir y venir constante, por lo cual su visión no es ni europea ni peruana: es la visión de Flora (Gómez, 2014). Este libro, además de ser un diario de viaje, es una crítica a la sociedad patriarcal peruana del siglo XIX y los espacios que las mujeres ocupaban en ella. Como tal, su obra fue censurada en el Perú por muchos años (Goicochea Medina, 2020).

Flora cuenta la historia de mujeres que conoció durante su viaje y a través de ellas hace públicas opresiones que eran consideradas como privadas o ilegítimas. Se acerca a la reivindicación que el feminismo radical propone dos siglos después: *lo personal es político* (Iribarne González, 2010). En adelante, se inicia un recorrido de los principales temas que Flora cuestiona desde estas historias.

### **Joaquina y Manuela, el ideal de mujer**

Flora presenta el estereotipo de la «mujer ideal» que se tenía en la sociedad peruana a través de la imagen de dos mujeres

blancas arequipeñas de clase alta: su tía Joaquina Flores de Tristán y la hermana de esta, Manuela Flores de Althaus. Es interesante cómo ambas son descritas una en contraste con la otra. Por un lado, Joaquina representa la «mujer buena» según los mandatos de género en el entorno en el que se encuentra; por otro, Manuela aparece como la «mujer perfecta», que agrega a su personalidad nuevos rasgos de modernidad que deberían tener las mujeres.

Joaquina era la sobrina y esposa de Pío Tristán y Moscoso. Dentro de todas sus características, Flora destaca su belleza, la pulcritud en su manera de presentarse físicamente, su maternidad, sus cualidades relacionadas con el cuidado y con cumplir a la perfección los roles de género asignados a las mujeres. Flora resalta su inteligencia a pesar de la poca educación formal que ha recibido. En su actuar público, aparenta no saber nada ni involucrarse en asuntos fuera de lo doméstico:

Mi tía se llama Joaquina Flores. Debe haber sido, sin contradicción, la más hermosa persona de toda la familia. Cuando la vi podía tener unos cuarenta años y era todavía muy bella. Sus numerosos partos (había tenido once hijos), más que los años, habían marchitado su belleza. Sus grandes ojos negros son admirables de forma y de expresión, su piel dorada y limpia, sus dientes, de la blancura de las perlas, le daban mucho esplendor [...].

Ha sido formada por mi tío y, aunque su primera educación haya sido muy descuidada, ciertamente la discípula hace honor al maestro. Joaquina estaba hecha para ser regente de un reino o amante de un rey septuagenario.

Su gran talento es el de hacer creer, hasta a su marido por más astuto que éste sea, que no sabe nada y que se ocupa únicamente de sus hijos y de su hogar. Su gran devoción, su aire humilde, dulce, sumiso, la bondad con que habla de los pobres, el interés que demuestra a las gentes modestas que la saludan cuando pasa por las calles, la timidez de sus maneras y hasta la extrema sencillez de sus vestidos, todo anuncia en ella a la mujer piadosa, modesta y sin ambición [...]. Joaquina hace gran alarde de religiosidad (Tristán, 1838/2003, pp. 306-307).

Por su parte, Manuela destaca por su relación con la moda, la elegancia y el cuidado por la imagen de las personas que están a su cargo, además de por su sensibilidad por el arte, la escritura y los placeres sociales como el teatro, los bailes o los encuentros. Flora la pone en lo más alto de su concepción con respecto a dónde se podría desempeñar una mujer en las sociedades de élite en comparación con las grandes capitales de Europa:

Mi prima Manuela es en Arequipa, lo que son en París las elegantes del barrio de Gante o de Bouffé. Es la mu-

jer modelo a quienes todos envidian o tratan de imitar. Manuela no perdona cuidados ni gastos para ponerse al corriente de las nuevas modas. [...] pero Manuela es tan graciosa que sobre ella todo se embellece, todo es encantador. Sus lindas facciones, la expresión de su fisonomía tan espiritual como alegre, su aire distinguido, sus maneras afables y su paso ligero y elegante se armonizan con todos los vestidos por extraños que parezcan.

[...] Sus esclavos están bien vestidos y sus hijos son los mejor puestos de toda la ciudad, sobre todo la niña, que es un amor, ¡a tal punto es simpática y bien ataviada! [...] Busca las diversiones con pasión. Le agradan todas. Los espectáculos, bailes, soirées, paseos y visitas son sus más caras ocupaciones y con todo no bastan a su actividad. Encuentra tiempo para interesarse en la política, para leer todos los periódicos y estar perfectamente enterada de todos los asuntos de su país y de los de Europa. [...] Escribe muy bien y con una facilidad sorprendente. Reúne a todas estas ventajas las cualidades del corazón: es muy generosa y de una sensibilidad que se encuentra muy rara vez. [...] esta mujer tan graciosa, tan refinada y tan perfumada (Tristán, 1838/2003, pp. 308-310).

A pesar de sus diferencias, el punto de convergencia del ideal de mujer es la lógica del cuidado, de ser el «ángel del ho-



gar», este rol que se expande por América durante el siglo XIX. En este sentido, se esperaba que las mujeres cumplieran un rol relacional, administrativo del hogar y emotivo; se orientaba su accionar hacia lo social y lo doméstico, mientras que se limitaba su participación en lo laboral y político. Por lo tanto, si las mujeres descuidaban su casa, sus hijos y su marido, entonces eran tachadas como «desnaturalizadas» (Bermúdez, 2008). Tanto Joaquina como Manuela buscan manifestarse como mujeres virtuosas, ya sea desde la moral o desde la belleza.

Ambos arquetipos nos dan pie a entender el rol de las mujeres dentro de las élites peruanas, que vivían dentro de una serie de convenciones sociales heredadas de la Colonia, desde el vestuario o los gustos por la música, el baile y el teatro hasta los espacios sociales de encuentro. Sus vidas transcurrían en una opulencia más cercana a las élites europeas que a otras clases sociales del mismo país:

Las costumbres de las clases altas no difieren en nada de las de Europa. Hombres y mujeres están vestidos lo mismo que en París; las señoras siguen las modas con una exactitud escrupulosa, salvo que van con la cabeza descubierta y el uso les exige siempre ir de negro a la iglesia, con la mantilla y con toda la severidad del vestido español. Los bailes franceses substituyen el fandango, el bolero y las danzas del país reprobadas por

la decencia. Las partituras de nuevas óperas se cantan en los salones y, en fin, se llega hasta a leer novelas. [...] Las gentes acomodadas pasan el tiempo fumando, leyendo periódicos y jugando al faraón. Los hombres se arruinan en el juego y las mujeres con la toilette (Tristán, 1838/2003, p. 287).

Otra de las costumbres que las clases altas intentaban emular de sociedades europeas eran los salones literarios, reuniones sociales en las que mujeres y hombres de élite se juntaban a conversar y ampliar sus conocimientos. Sin embargo, Flora resalta que el nivel educativo de la sociedad peruana era bastante bajo, ya que la educación académica no era una prioridad y era vagamente desarrollada fuera de la capital del país, centralismo educativo cuyos vestigios aún persisten en la actualidad:

Todos los domingos era preciso que desde las diez de la mañana estuviese en gran toilette en el salón para recibir visitas hasta las tres, momento en que íbamos a la mesa a almorzar y, enseguida, desde las cinco hasta las once de la noche —jamás he tenido tarea más fatigosa—, las señoras venían para lucir sus galas, los hombres por ociosidad y todos tenían en su fisonomía la expresión de un tedio permanente. Como el país no ofrece ningún recurso para alimentar las conversaciones resulta que la charla es siempre fría, afectada y monótona.

Están reducidos a murmurar el uno del otro, a hablar de la salud de cada uno o de la temperatura (Tristán, 1838/2003, p. 253).

Si la educación no era prioritaria dentro de los hombres de la élite, esta era incluso menos relevante de desarrollar en las mujeres, debido a que no se esperaba que ellas cumplieran otro rol aparte de ser novias, esposas y madres. Sin embargo, las mujeres no se resignaban a este destino: de formas ingeniosas, intentaban enriquecer sus conocimientos y sus experiencias. La movilidad entre regiones del país era una manera de ampliar sus horizontes y conocimientos, ganar mayor independencia dentro de sus vidas, conocer a nuevas personas, conectarse con nuevas redes:

Sólo cambiando de lugar pueden alimentar su pensamiento, tener nuevas ideas y experimentar otras emociones. Las señoras, en especial, van y vienen a los pueblos de la costa, tales como Islay, Camaná y Arica donde toman baños de mar, o a las fuentes de aguas termales.

[...] Las mujeres de Arequipa aceptan con entusiasmo todas las ocasiones de viajar en cualquier dirección: Bolivia, Cuzco, Lima o Chile, y los gastos o las excesivas fatigas jamás son motivos para detenerlas. A este gusto por los viajes estaría yo tentada de atribuir las preferencias de las jóvenes por los extranjeros. Al

casarse con un extranjero esperan conocer el país donde él nació: Francia, Inglaterra o Italia y realizar un viaje cuya ilusión ha sonreído desde mucho tiempo atrás a su imaginación. Las ideas de viaje ponen a la lengua francesa de moda entre las señoras. Muchas la aprenden con la esperanza de necesitarla algún día y en espera de ello gozan de la lectura de algunas de nuestras mejores obras; al desarrollar su inteligencia soportan con menos tedio la monotonía que ofrece el país (Tristán, 1838/2003, p. 288).

De este fragmento, también es importante notar cómo el matrimonio con un europeo era la aspiración social concebida como más alta dentro del imaginario de la élite. Esto respondía a la percepción, heredada de la colonialidad, de Europa como un modelo de sociedad idealizado. También se relacionaba con la idea del perfeccionamiento de la «raza peruana», desde la lógica de que la «raza europea» era mejor, por lo que un matrimonio de este tipo aseguraba un estatus social alto en la futura descendencia de estas mujeres (Oliart, 2004).

### **Carmen, la buena esposa**

Una de las críticas de Flora en *Peregrinaciones de una paria* es la doble moral relacionada con el matrimonio. Esto lo evidencia mediante la historia de su prima Carmen Piérola de Flores. Carmen no es el arquetipo de mujer ideal presentado en

Joaquina o Manuela: ella es la mujer que vive las consecuencias de lo que significa ser la buena esposa, la que cumple todas las obligaciones sociales y cuyos sacrificios no son retribuidos.

Carmen, como la mayoría de las mujeres peruanas, tenía dos posibilidades al ser adulta: el matrimonio o el convento. Fue así como se vio en un callejón sin salida, un matrimonio en el que la violencia era constante, y que tendría que soportar hasta la muerte de su esposo. A esto se le sumaba su complicada condición social: Carmen nació en un entorno de clase alta, pero era huérfana, lo cual le quitaba la protección familiar que podría tener. Por matrimonio, pertenecía a la familia Tristán, de modo que mantenía su estatus social y el acceso a todos los círculos sociales de la élite. Sin embargo, cuando Flora la conoció, no contaba con dinero, educación o manera de sustentarse independientemente:

[Sobre Carmen] No ha recibido educación, pero la ha adquirido por sí misma y comprende con una admirable inteligencia. [...] Educada por una tía dura y soberbia, su vida fue tan miserable que deseando sustraerse a ese yugo y sin tener más alternativa que el matrimonio o el claustro, por el que no sentía ninguna vocación, decidió casarse con el hijo de una hermana de mi padre. Éste había pedido su mano atraída por el cebo de una rica dote. Mi primo era un hombre muy guapo,

muy amable, pero jugador y libertino que despilfarró su fortuna y la de su esposa en desórdenes de toda especie (Tristán, 1838/2003, p. 240).

Carmen vive con la continua opresión que le significa su género y su clase. Durante los diez años que duró su matrimonio, tuvo que soportar constantes agravios. Al pedir apoyo de sus parientes y amigos, no encontró un sistema de sostén; al contrario, la respuesta fue que debía estar agradecida por estar casada con un hombre como su esposo. Como ella, muchas mujeres del Perú republicano estaban condenadas a desempeñar el rol de «buena esposa» en todas las circunstancias, sin importar el accionar de su contraparte:

Doña Carmen, orgullosa y arrogante, hubo de sufrir todas las torturas imaginables durante los diez años que duró esta unión. Quería a su marido, a este hombre que no vivía sino para los sentidos, que rechazaba su amor con brutalidad, que la humillaba con su conducta y la ultrajaba con las explicaciones que le daba. En muchas ocasiones la dejó para vivir públicamente con amantes. Cuando en los primeros tiempos del matrimonio la joven esposa trató de hacer escuchar algunas quejas, ya sea en la familia de su marido o a amigos comunes, se le respondió que debía estimarse feliz con tener a un hombre tan guapo por marido y que debía soportar su

conducta sin quejarse. Esas personas encontraban en la fealdad de la mujer y en la hermosura del marido razones suficientes para justificar la expoliación de su fortuna y los continuos ultrajes de que era víctima aquella desgraciada. Tal es la moral que resulta de la indisolubilidad del matrimonio (Tristán, 1838/2003, p. 240).

Es así como Flora critica fuertemente la indisolubilidad del matrimonio, que perpetuaba estas relaciones de humillación y desigualdad social (Iribarne González, 2010). Carmen no podía escapar de la institución social androcéntrica que constituía su matrimonio. Todo lo que se vivía dentro de él eran asuntos domésticos, que no debían ser materia de interés público. Por ello, sin importar lo que hiciera su esposo, ella debía pertenecer leal y complaciente a sus necesidades. Esto se evidencia cuando su esposo regresa a casa enfermo y Carmen lo provee de todos los cuidados necesarios:

Sin recursos y abandonado por todos regresó por instinto donde la mujer a quien había humillado y abandonado a pedirle asilo. Ella lo recibió [...]. Estuvo en cama dieciséis meses sufriendo las más crueles torturas. Durante ese tiempo su esposa no lo dejó un instante. [...] Doña Carmen mostró una fuerza de carácter no desmentida una sola vez. Sufrió con una paciencia admirable los caprichos, las repulsas y los accesos de desesperación del

moribundo. Esta larga enfermedad agotó los últimos recursos de mi desgraciada prima. Después de la muerte de su marido quedó reducida a vivir de nuevo donde su tía junto con su hija, único vástago que había tenido.

[...] Cuando llegué a Arequipa hacía doce años que era viuda y doce años que vegetaba, ocultando su miseria real bajo las apariencias de la opulencia (Tristán, 1838/2003, p. 242).

Carmen y Flora tenían un punto común: percibían el matrimonio como un destino desdichado para las mujeres e impuesto en las sociedades patriarcales. La mujer era oprimida dentro de esta institución por las leyes, por los prejuicios y por las limitadas oportunidades de desarrollo personal autónomo que tenía. Así, el siguiente diálogo entre ambas sobre la libertad es una de las partes más potentes de crítica feminista sobre la situación de la mujer que presenta el libro:

[Carmen a Flora] Soltera, sin familia, usted ha sido libre en todas sus acciones, dueña absoluta de sí misma. Sin estar sujeta a ningún deber, no tenía obligaciones para con el mundo y la calumnia no podía alcanzarla. Florita, hay pocas mujeres en su feliz posición. Casi todas, casadas muy jóvenes, han tenido sus facultades marchitas, alteradas por la opresión más o menos fuerte que sus amos han hecho pesar sobre ellas. Usted no sabe cuántos de estos penosos sufrimien-

tos está una obligada a ocultar a los ojos del mundo, a disimular aun en el interior y cómo paralizan y debilitan la moral del ser más felizmente dotado. [...] ¿Será de otro modo entre las mujeres de Europa?

[Flora a Carmen] —Prima, hay sufrimientos en donde hay opresión y opresión donde el poder de ejercitarla existe. En Europa, como aquí, las mujeres están sometidas a los hombres y tienen que sufrir aún más su tiranía.

[...] [Carmen a Flora] Para tener una idea justa del abismo de dolor en que está condenada a vivir, hay que estar o haber estado casada. ¡Oh, Florita! El matrimonio es el único infierno que reconozco.

[...] [Ya no dirigiéndose a Carmen] Las mujeres de acá, pensaba, son por el matrimonio tan desgraciadas como en Francia (Tristán, 1838/2003, pp. 247-248).

### **Francisca, la vida pública**

Francisca Zubiaga y Bernales fue una mujer que participó activamente en la política del país durante los primeros años de la República. Era popularmente conocida con el nombre de la Mariscala o doña Pancha. Estaba casada con Agustín Gamarra, quien fue presidente del Perú entre 1829 y 1833<sup>1</sup>. El caso de Francisca es sumamente interesante, porque ella constituye una imagen femenina con influencia, que

toma decisiones y que tiene voz en un entorno mayoritariamente masculino, algo que, en ese entonces, parecía casi imposible. Además, se decía de Francisca que, a través de la figura pública de su esposo, supo gobernar al Perú como ningún hombre lo había podido hacer hasta entonces (Iribarne González, 2010). Sobre ella, Flora menciona:

Esa mujer, educada en un convento, sin instrucción, pero dotada de un sentido recto y de una fuerza de voluntad poco común, supo gobernar tan bien este pueblo, hasta entonces ingobernable aun para el mismo Bolívar, que en menos de un año el orden y la tranquilidad reaparecieron. Las facciones se habían apaciguado. El comercio florecía. El ejército había devuelto su confianza a sus jefes y, si no reinaba aún la tranquilidad en todo el Perú, al menos gozaba de ella la mayor parte del país (Tristán, 1838/2003, p. 533).

La existencia de Francisca rompía estereotipos de género, ya que demostraba que las mujeres podían ser parte de otros espacios no domésticos como las campañas de guerra o las instituciones políticas. Sin embargo, es importante notar que ella accede a esos espacios por ser *la esposa de*. A pesar de que, dentro del imaginario social, Francisca gobernaba y tomaba las decisiones políticas, no había ni la menor

<sup>1</sup>Agustín Gamarra tuvo un segundo periodo como presidente del Perú entre 1838 y 1840, luego de la muerte de Francisca Zubiaga y Bernales.

oportunidad de que ella fuera públicamente la presidenta del Perú. Doscientos años de historia republicana después, aún ninguna mujer ha asumido ese cargo.

Francisca era una presencia que incomodaba públicamente, que cuestionaba los límites que habían sido impuestos por una sociedad patriarcal. Durante las campañas de independencia, se cuenta que iba montada a caballo, armada y luciendo traje militar:

[Francisca a Flora] Desde hace diez años, y mucho tiempo antes de tener la esperanza de hacer nombrar presidente a mi marido, asistía a todos los combates con el propósito de acostumbrarme al fuego. [...] He querido hacerles ver que no tenía miedo ni de la sangre, ni de la muerte (Tristán, 1838/2003, p. 530).

Cuando su esposo estuvo en la presidencia, ella fue objeto de averiguación y escrutinio de la opinión pública, que buscaba un motivo para desmerecer su accionar. Todo esto sucedía con el fin de encontrar algún argumento que permitiera demostrar a otras mujeres que los comportamientos que había adoptado Francisca no eran ni lo «normal» ni lo esperado:

Se casó con el señor Gamarra, cuando era simple capitán. Aunque de salud débil y casi siempre encinta, siguió a su marido a todos los lugares donde

la guerra lo llamaba. Y esas continuas fatigas robustecieron de tal modo su constitución que adquirió una gran fortaleza y fue capaz de hacer largos viajes a caballo. Por mucho tiempo logró ocultar la cruel enfermedad que la atormentaba y que progresaba cada día más. Y sólo cuando fue presidenta, y su vida se convirtió en objeto de toda clase de averiguaciones, el público lo supo por intermedio de sus enemigos (Tristán, 1838/2003, p. 532).

Flora conoció a Francisca en Lima durante junio de 1834. Ambas se encontraron en un paralelo de despedida al Perú: Flora regresaba a Francia sin haber obtenido la herencia paterna por la que emprendió el viaje y Francisca estaba camino al exilio en Chile luego del desenlace de la guerra civil de 1934. A pesar de que ambas «habían perdido», Flora presenta admiración por Francisca, por el ímpetu y fuerza que manifiesta a pesar de la situación en la que se encuentra:

Prisionera, doña Pancha era todavía presidenta. La espontaneidad de su gesto manifestaba la conciencia que tenía de su superioridad. [...] Todo en ella anunciaba a una mujer excepcional, tan extraordinaria por el poder de su voluntad como por el gran alcance de su inteligencia. Podía tener 34 ó 36 años, era de talla mediana y de constitución robusta, aunque muy delgada. Su rostro, según las reglas con que se pretende medir la belleza,

no era ciertamente hermoso. Pero, a juzgar por el efecto que producía sobre todo el mundo, sobrepasaba a la más bella. Como Napoleón, todo el imperio de su hermosura estaba en su mirada. ¡Cuánto orgullo! ¡Cuánto atrevimiento! ¡Cuánta penetración! ¡Con qué ascendiente irresistible imponía el respeto, arrastraba las voluntades y cautivaba la admiración! El ser a quien Dios concede aquella mirada no necesita de la palabra para gobernar a sus semejantes. Posee un poder de persuasión que se soporta y no se discute (Tristán, 1838/2003, p. 523).

El desenlace de la historia de Francisca sirvió de advertencia a las mujeres peruanas. Contenía la moraleja de que las mujeres no deben involucrarse dentro de la vida pública y la política del país. Previamente a su exilio, Francisca fue obligada a cambiar el atuendo militar por uno muy femenino para recuperar el favor de la opinión pública. Esta transformación forzada no fue más que un recordatorio de cuál era el lugar de la mujer en esa sociedad (Iribarne González, 2010). Estas estrategias no resultaron útiles, ya que, poco tiempo después del encuentro con Flora, viajó a Valparaíso y dejó el país en el cual había luchado activamente por su independencia. Murió un año después, en 1935.

[Francisca a Flora] —Niña, me dijo la ex presidenta apretándome la mano hasta magullármela y con

una expresión que no olvidaré jamás, niña, sábelo bien: es por no haber podido someter mi indomable orgullo a la fuerza brutal que me veo prisionera aquí, arrojada y desterrada por los mismos a quienes durante tres años goberné...

[...] Creí haber vencido, llegado por fin al término en que debía recoger el fruto de ocho años de tormentos, de trabajos, de sacrificios, cuando por un golpe infernal me veo arrojada, perdida, ¡perdida, Florita...! No regresaré jamás al Perú (Tristán, 1838/2003, p. 525).

Luego de su exilio, Francisca fue invisibilizada de la historia. Se habla de su esposo Agustín Gamarra; sin embargo, el nombre de ella es desconocido en muchos espacios y libros de historia.

### **Las *rabonas* y las *limeñas*, mujeres libres**

Flora también encuentra en el Perú a mujeres que viven gozando de espacios o momentos de libertad; sorprendida, cuenta sus historias de que poseen más autonomía que las mujeres europeas que ella conoce. En este caso, Flora no habla de personajes o de parientes, sino de dos colectivos: las *rabonas* y las *limeñas*. Es interesante cómo ambos colectivos no podrían estar más apartados dentro de la escala social en la que se divide la sociedad peruana de inicios de la República (Iribarne González, 2010).

Las rabonas eran mujeres indígenas que participaban en marchas y campañas militares; precedían a los soldados para darles comida y albergue. Las tareas de estas mujeres cumplían un rol asignado a su género, relacionado con las tareas de cuidado: abastecían de víveres, cocinaban, cosían y atendían a sus familiares. Sin embargo, ampliaban las fronteras impuestas al ir armadas y tener la posibilidad de participar en el frente de las batallas:

En el extremo del campamento, detrás de las tiendas de los soldados, estaban las rabonas con todos sus trastos de cocina y sus hijos. Se veía la ropa puesta a secar y a las mujeres ocupadas en lavar y coser. Todas haciendo una terrible barahúnda con sus gritos, cantos y charlas.

[...] Éstas forman una tropa considerable, preceden al ejército por el espacio de algunas horas para tener tiempo de conseguir víveres, cocinarles y preparar todo en el albergue que deben ocupar. [...] Las rabonas están armadas. Cargan sobre mulas las marmitas, las tiendas y, en fin, todo el bagaje. Arrastran en su séquito a una multitud de niños de toda edad. Hacen partir sus mulas al trote, las siguen corriendo, trepan así las altas montañas cubiertas de nieve y atraviesan los ríos a nado llevando uno y a veces dos hijos sobre sus espaldas. Cuando llegan al lugar que se les ha asignado se ocupan primero en escoger el mejor

sitio para acampar. Enseguida descargan las mulas, arman las tiendas, amamantan y acuestan a los niños, encienden los fuegos y cocinan. Si no están muy alejadas de un sitio habitado van en destacamento en busca de provisiones. [...] Cuando los dan [los víveres] con buena voluntad no hacen daño alguno; pero si se les resiste se baten como leonas y con valor salvaje triunfan siempre de la resistencia (Tristán, 1838/2003, pp. 365-366).

La vida de las rabonas transcurría en colectividad; formaban redes de apoyo entre mujeres, lo cual les daba más libertad para accionar y tomar decisiones de manera autónoma. Flora admira su fortaleza, su capacidad de llevar una vida en constante movilidad y su disposición a vivir una vida expuesta a peligros con el fin de alcanzar su libertad:

Las rabonas no son casadas, no pertenecen a nadie y son de quien ellas quieren ser. Son criaturas al margen de todo. Viven con los soldados, comen con ellos, se detienen donde ellos acampan, están expuestas a los mismos peligros y soportan aún mayores fatigas. Cuando el ejército está en marcha, es casi siempre del valor y de la intrepidez de estas mujeres que lo preceden de cuatro o cinco horas, de lo que depende su subsistencia. Cuando se piensa en que, además de llevar esta vida de penurias y peligros cumplen los deberes de la materni-



dad, se admira uno de que puedan resistir (Tristán, 1838/2003, p. 366).

A partir de la imagen de las rabinas, Flora reflexiona sobre cómo las concepciones de desigualdad natural entre hombres y mujeres son construidas social y culturalmente. En este sentido, considera a este colectivo como una prueba de que las mujeres pueden ser superiores a los hombres si no están expuestas a las convenciones sociales androcéntricas:

Las mujeres indígenas abrazan esta vida voluntariamente y soportan las fatigas y afrontan los peligros con un valor de que son incapaces los hombres de su raza. No creo que se pueda citar una prueba más admirable de la superioridad de la mujer en la infancia de los pueblos.

[...] En efecto, soportan la intemperie en los climas más opuestos, sucesivamente expuestas al ardor abrasador del sol de las pampas y al frío de las cimas heladas de las cordilleras (Tristán, 1838/2003, p. 367).

El otro colectivo que Flora considera con mayor libertad son las *limeñas*, mujeres blancas criollas de clase alta que viven en la capital del Perú. Estas son descritas como bellas, inteligentes, con habilidad verbal, conscientes de sus encantos femeninos y cómo pueden utilizarlos en su beneficio (Oliart, 2004). Es interesante cómo esta libertad está estrechamente relacionada con el vestuario tradicional que

llevaban y les daba el nombre popular de *tapadas limeñas*. Este consistía en un vestido compuesto por una saya que contorneaba las caderas y un manto que cubría la cabeza y el rostro, excepto un ojo:

Antes de proseguir voy a dar a conocer el vestido especial de las mujeres de Lima, el partido que sacan de él y la influencia que tiene sobre sus costumbres, hábitos y carácter.

No hay ningún lugar sobre la tierra donde las mujeres sean más libres y ejerzan mayor imperio que en Lima. Reinan allí exclusivamente. [...] Las limeñas no son hermosas por lo regular, pero su graciosa fisonomía tiene un ascendiente irresistible. No hay hombre a quien la vista de una limeña no haga latir el corazón de placer. No tienen la piel curtida como se cree en Europa. La mayoría son, al contrario, muy blancas. Las otras, según su diverso origen, son trigueñas, pero de una piel lisa y aterciopelada y de una tez cálida y llena de vida. Las limeñas tienen todas buen color, los labios de un rojo vivo, hermosos cabellos ondulados naturalmente, ojos negros de forma admirable, con un brillo y una expresión indefinible de espíritu, de orgullo y de languidez. Es en esta expresión donde reside todo el encanto de su persona. Hablan con mucha facilidad y sus gestos no son menos expresivos que las palabras con que los acompañan (Tristán, 1838/2003, pp. 490-491).

El traje que llevaban les permitía mantener tanto la vida doméstica y matrimonial que tenían otras mujeres de la élite peruana como también una vida pública en anonimato cuando salían a la calle tapadas. Esto les daba libertad de movimiento, de reunión entre ellas, de poder expresarse sin las limitaciones de conservar su imagen, y mayor independencia dentro de la esfera pública, que, en ese momento, era dominada por hombres (Iribarne González, 2010). Flora describe así el día de las limeñas y cómo hacían uso de esa libertad en el espacio público:

Una limeña desayuna por la mañana con su marido con un pequeño peinador a la francesa, con los cabellos levantados, absolutamente como nuestras señoras de París. Si tiene deseo de salir se pone su saya sin corsé (la faja interior que oprime la saya es suficiente), deja caer sus cabellos, se tapa, es decir, esconde la cara con el manto y va donde quiere. Encuentra a su marido en la calle y él no la reconoce, lo intriga con su mirada, le hace gestos, lo provoca con frases, entra en gran conversación, se deja ofrecer helados, frutas, bizcochos, le da una cita, lo deja y enseguida entabla otro diálogo con un oficial que pasa. Puede llevar tan lejos como quiera esta nueva aventura sin quitarse jamás su manto. Va a visitar a sus amigas, hace un paseo y entra en su casa para almorzar. [...] Así estas señoras van solas al teatro, a las co-

rridas de toros, a las asambleas públicas, a los bailes, a los paseos, a las iglesias, a las visitas y son muy bien vistas en todas partes. Si encuentran algunas personas con quienes desean conversar les hablan, las dejan y son libres e independientes en medio de la multitud, aún más de lo que son los hombres con el rostro descubierto (Tristán, 1838/2003, p. 496).

Claro está que las limeñas no son ajenas a las obligaciones de género de la época que ya se han mencionado. Sin embargo, también se involucran en política y en espacios sociales:

Las señoras de Lima se ocupan de sus casas. Pero como son muy activas el poco tiempo que les consagran basta para tener todo en orden. Tienen una inclinación decidida por la política y la intriga. Son ellas quienes se ocupan de colocar a sus maridos, a sus hijos y a los hombres que les interesan. [...] Les gusta mucho el placer, las fiestas, buscan las reuniones sociales, juegan mucho, fuman cigarrillos y montan a caballo, no a la inglesa, sino con un pantalón largo como el de los hombres (Tristán, 1838/2003 p. 498).

Mi tía, como todas las señoras de Lima, se ocupaba mucho de política y al tratarla pude formarme opinión sobre el espíritu y el mérito de los hombres que se encontraban a la cabeza del gobierno (Tristán, 1838/2003, p. 480).

## Las otras, sin nombre

Las mujeres negras y mulatas también son mencionadas en *Peregrinaciones de una paría*. Sin embargo, Flora no nos presenta a ninguna con nombre propio ni describe a detalle los roles que cumplen como grupo. Estas mujeres, la mayoría esclavas, son las otras, las sin nombre, las que están en el escalón más bajo de la jerarquía que es la sociedad peruana.

En todo el libro, Flora va explicitando las opresiones que sufren las mujeres por su género, etnicidad y condición social. Sin embargo, una de las grandes contradicciones es la manera como ignora la existencia y las desigualdades que viven las mujeres negras y mulatas en el Perú, a pesar de haber estado en contacto directo con muchas:

Todo el mundo se retiró y por fin, cerca de la medianoche, logré estar *sola* en mi cuarto con una negrita que me dieron para mi servicio [el énfasis es mío] (Tristán, 1838/2003, p. 235).

Este contacto, si bien no se ve reflejado en este libro, inicia las reflexiones de Flora sobre la esclavitud; en futuros escritos, llega a entenderla como una forma de opresión y a apostar por la necesidad urgente de una emancipación real (Scherbosky, 2017).

## Conclusiones

*Peregrinaciones de una paría* es el relato de un viaje de descubrimiento de Flora Tristán, un recorrido tanto personal como colectivo. Desde los estudios de género, es sumamente valioso cómo los encuentros con Joaquina, Manuela, Carmen, Francisca, las rabonas, las limeñas y muchas mujeres más ilustran un panorama complejo en el que múltiples formas de opresión se entrecruzan. Todas estas se fundamentan en la lógica patriarcal y herencia colonial de un país como el Perú.

Estas pinceladas son posibles gracias a los marcos conceptuales que Flora construye basada en su experiencia personal. Su mirada es crítica y nos muestra una realidad sobre la situación de las mujeres que alcanza a ser más integral que los escritos sobre el Perú de la época. Flora, a su manera, plantea que lo personal, las historias de estas mujeres y colectivos, también es político, que es necesario reclamar y reivindicar espacios donde las mujeres puedan ser ciudadanas realmente libres e independientes.

## REFERENCIAS

- Aguirre, C. (2002). La historia social del Perú republicano (1821-1930). *Histórica*, 26(2), 445-501. <https://revistas.pucp.edu.pe/index.php/historica/article/view/10466>
- Bermúdez, I. C. (2008). El ángel del hogar: una aplicación de la semántica liberal a las mujeres en el siglo XIX andino. *Historia y Espacio*, 4(30), 11-43 [https://historiayespacio.univalle.edu.co/index.php/historia\\_y\\_espacio/article/view/1671/1777](https://historiayespacio.univalle.edu.co/index.php/historia_y_espacio/article/view/1671/1777).
- Gaceta del Gobierno de Lima Independiente. Tomos I a III. Julio 1821 - diciembre 1822.* (1950). Ministerio de Educación; Universidad Nacional de la Plata. (Trabajo original publicado en 1821)
- Goicochea Medina, J. J. (2020). Reflexiones sobre «el problema de la mujer» en el Perú. *Argumentos*, 1(1), 59-80. <https://doi.org/10.46476/ra.vi1.21>
- Gómez, L. (2014). Mujer sin equipaje. El viaje de Flora Tristán al Perú. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, (80), 169-186.
- Iribarne González, M. de la M. (2010). Flora Tristán y el Perú: crónica de un viaje y una recepción. *Foro Jurídico*, (11), 359-369. <https://revistas.pucp.edu.pe/index.php/forojuridico/article/view/18603/18843>
- Oliart, P. (2004). Poniendo a cada quien en su lugar: estereotipos raciales y sexuales en la Lima del siglo XIX. En A. Panfichi H. y F. Portocarrero S. (Eds.), *Mundos interiores: Lima 1850-1950* (pp. 261-288). Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico.
- Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española. (s. f.). Paria. En *Diccionario de la lengua española*. Recuperado el 16 de enero de 2022 de <https://dle.rae.es/paria>
- Scherbosky, F. (2017). Flora Tristán o acerca de una peregrinación emancipatoria norte-sur sur-norte. *Hermenéutica Intercultural. Revista de Filosofía*, (27), 111-132. <http://ediciones.ucsh.cl/index.php/hirf/article/view/494/444>
- Tristán, F. (2003). *Peregrinaciones de una paria* (Trad. E. Romero). Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán; Fondo Editorial de la UNMSM. (Trabajo original publicado en 1838)

**Autora correspondiente:** María Jose Arguedas Pinasco  
(mjarguedas@pucp.pe)

**Roles de autora: Arguedas, M.:** Conceptualización, Metodología, Validación, Investigación, Recursos, Curación de datos, Escritura - borrador original, Escritura, revisión y edición, Visualización, Supervisión y Administración del proyecto

**Cómo citar este artículo:** Arguedas Pinasco, M. J. (2022). Mujeres peruanas en los primeros años de la República, según Flora Tristán en su libro *Peregrinaciones de una paría*. *Conexión*, (17), 85-105. <https://doi.org/10.18800/conexion.202201.003>

**Primera publicación:** 27 de julio de 2022  
(<https://doi.org/10.18800/conexion.202201.003>)

Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC BY 4.0\)](#), que permite el uso, la distribución y la reproducción sin restricciones en cualquier medio, siempre que se cite correctamente la obra original.